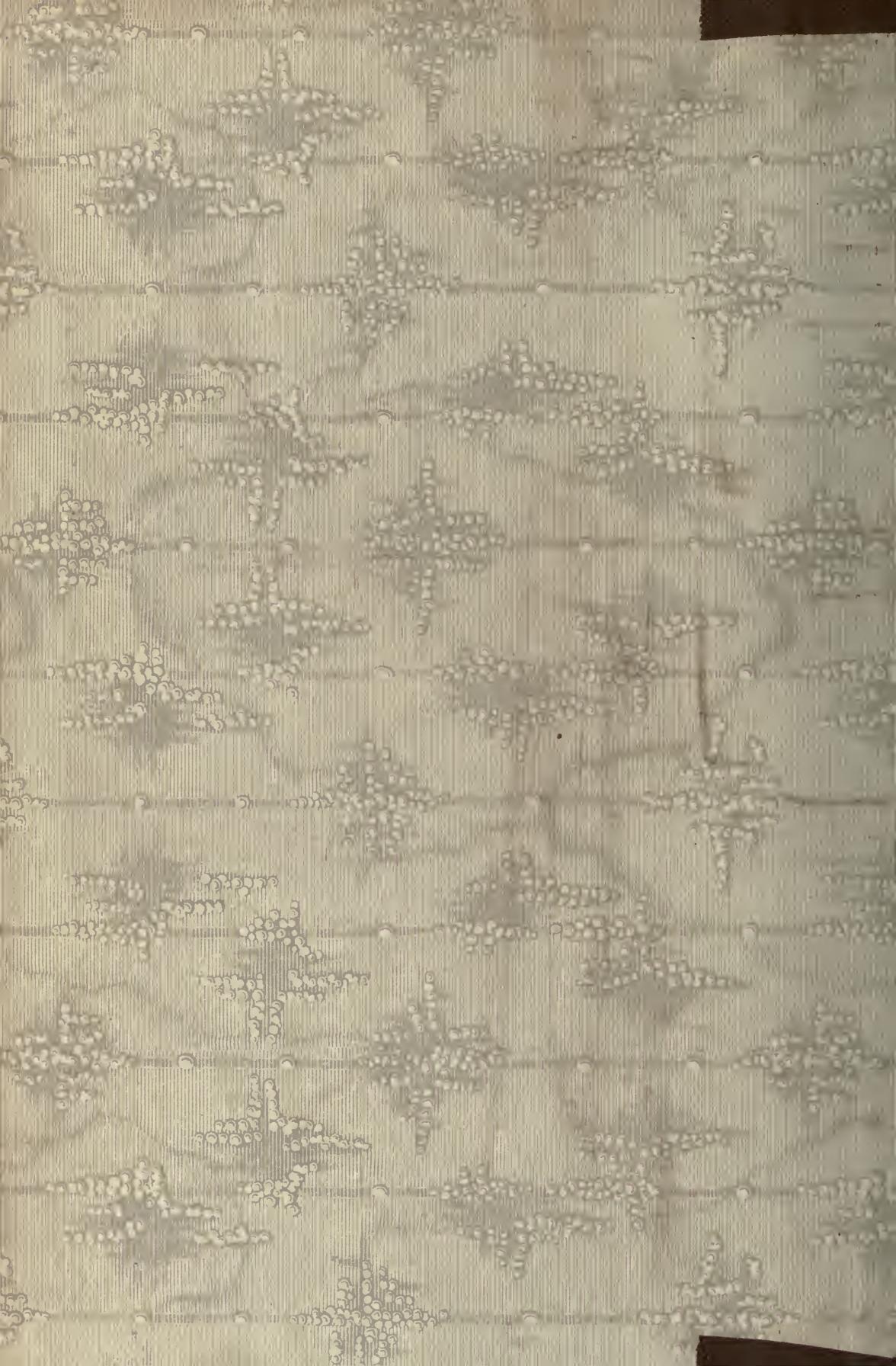


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 00085614 6



Crónicas del Gran Capitán

Ergebnisse der ersten Versuche

Nueva Biblioteca de Autores Españoles

bajo la dirección del

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

10



Crónicas del Gran Capitán

por

Antonio Rodríguez Chilla

De la Real Academia de la Historia.



94140
15/12/08

Madrid

Librería Editorial de Bailly Bailliére é Hijos

Plaza de Santa Ana, núm. 10.

1908





DG
848
R64

INTRODUCCIÓN

Fuit quondam in hac republica virtus.

(Cícero: Oratio prima in L. Catilinam.)

El nombre del Gran Capitán evoca en nuestra mente el recuerdo del más fecundo y brillante reinado de nuestra historia; el principio de la supremacía política y militar de España, y las hazañas y proezas, superiores á toda ponderación, de aquel inmortal caudillo que fué asombro de su tiempo, cuya refulgente estela luminosa ha llegado con todo su esplendor hasta nuestros días y ocupará siempre en la historia patria, con haber tantas y tan gloriosas, una de sus más admirables páginas; y, sin embargo, tan excelsa personalidad más se conoce en nuestros tiempos por tradición y compendios que por monumentos históricos dignos de su grandeza y tales como hoy los produce la ciencia histórica. Las antiguas crónicas que relatan sus insignes hechos son del siglo XVI, de letra gótica unas, manuscrita otra y de difícil lectura todas, por estar llenas de abreviaturas y mal estampadas. A que se agrega la circunstancia de ser todas muy raras en el comercio de libros, y por tanto, de muy costosa adquisición. Por esta causa son varios los escritores que se han dedicado á hacer resúmenes de la vida de nuestro protagonista con mayor ó menor acierto. Y si las crónicas son deficientes, á veces fabulosas ó erróneas y escritas á la manera de aquel tiempo, con arengas, frases y alocuciones puestas en boca de los principales personajes, fácil es imaginarse lo que serán los compendios.

Falta, pues, una historia completa, crítica y digna de la majestuosa figura del Gran Capitán. Es el primer paso para llegar á ella la publicación de las cuatro *Crónicas* en este volumen reunidas. Sería el segundo la de los muchos documentos de aquel tiempo referentes á su persona y hechos, esparcidos en archivos y bibliotecas públicas y privadas. El más importante sin duda sería el coleccionar y publicar, convenientemente anotada, la correspondencia de aquel famoso caudillo, que igualmente se halla diseminada en varios centros docentes y gabinetes de Grandes y de aficionados. Dificultan en gran manera éste, que sería inestimable trabajo, la letra garrapata y despedazada del caudillo y el estar no pocas de sus cartas en cifra. Con todos estos elementos podría acometer empresa tan magna y tan útil persona dotada de las convenientes y necesarias dotes literarias, históricas y militares, que ciertamente no escasean en nuestro país. Es esta una deuda que la patria tiene contraída con hijo tan preclaro, por haberla ensalzado y ennoblecido en tan alto grado.

Entretanto atengámonos á nuestro modesto compromiso y digamos algo acerca de las crónicas aquí publicadas.

Creemos que la primera edición de la denominada *Las dos Conquistas del reino de Nápoles*, que insertamos en primer lugar, es la impresa en Zaragoza en 1554, cuya descripción, dedicatoria y prólogo damos á continuación:

Crónica llamada Las dos | Conquistas del Reyno de Nápoles, donde se cuentan las altas | y heroicas virtudes del serenissimo principe Rey don Alonso de Aragon, con los he | chos y hazañas maravillosas que en pax y en guerra hizo el gran Capitan Gon | çalo Hernandez de Aguilar y de Cordoba. Con las claras y notables obras de | los Capitanes don Diego de Mendoça, y don Hugo de Cardona, el | conde Pedro Navarro, Diego Garcia de Paredes, y de otros | valerosos Capitanes de su tiempo.

Sigue el escudo de armas de D. Diego Hurtado de Mendoza y de la Cerda, Duque de Francavila, etc., grabado en madera; y al pie de él se lee: «Con privilegio de su Magestad por diez años. | Vendese en Çaragoça en casa de Miguel Capila mercader de libros. MDLIII».

Al dorso de esta portada, dentro de un óvalo, el busto del protagonista y la leyenda «El Gran Capitán».

A continuación: «Concede su alteza privilegio a Miguel Capila merca | der de libros que ninguna persona de cualquier estado o con | dicion que sea por tiempo de diez años no puedan imprimir el li | bro llamado la Vida y Coronica del gran Capitan | ni traerlo á vender de otros reynos sin licencia | suya, y si lo contrario hiziere pierda los li | bros que huviere imprimido y incur | ra en otras penas contenidas | en el original pri | vilegio. | Dado en Valladolid a VI de Febrero de | MDLIII. | Fue visto y examinado el presente libro por el illustrissimo | y reuerendissimo Señor don Hernando de Ara | gon Arçobispo de Çaragoça, y con su | licencia impresso».

En la segunda hoja: «Al Illustrissimo Señor y excelente principe don Diego Hurtado de Mendoça y de la Cerda, Duque de Francavila, Marques de Algezilla, Conde de Melito, y señor de las ciudades de Rapolla y Mendolia, y de la villa de Pastrana y de Mandayona y su tierra. Del Consejo del estado de su Magestad, y su Presidente del sacro y supremo Consejo de los reynos y estados de Ytalia, etc., mi Señor.

»Siendo costumbre muy antigua assi de los que escriuen cosas prouechosas y de gusto, como de los que se encargan de sacallas a luz, dedicar sus trabajos ha (sic) principes y grandes señores para que con el fauor que de aqui les viene anden entre las gentes validos y estimados; y siendo á mi juyzio esta costumbre loable y muy conforme a toda buena razon, gran yerro fuera querer yo aora en la publicacion de la presente obra apartarme della: assi por ser la obra tal que seria hazello muy grande agrauio priualla desta honrra, como porque se me yria de entre las manos una grande ocasion de mostrar parte de la mucha aficion que al servicio de V. S. tengo. Que la obra merezca ser puesta en manos de V. S., en la frente lo trae escrito, pues se intitula: Las dos Conquistas del Reyno de Nápoles; ha donde por fuerça se ha de dar cuenta del valor y prudentia con que estas guerras fueron administradas, y las amistades y ligas, tratos y intelligencias que aquellos reyes tan valerosos y sabios, y sus ecelentes capitanes tuuieran para llegallas con tan gran prosperidad al fin deseado. Pues si passando mas adelante se mira el orden y fidelidad y diligencia con que el historiador escriue

todas estas cosas, no puede negarse que es una de las mas perfectas historias que en este nuestro lenguaje hasta oy se haya escrito, y assi se le deve muy justamente esto que por ella se hace, que es ponella en poder de V. S. en quien ha puesto el prudentissimo y catholico rey don Felipe, nuestro Señor, la suma del gouierno de todos los reynos y señorios que en estas guerras y las otras que antes y despues dellas ha tenido esta nuestra nacion en Ytalia se han conquistado. En lo que yo en la dedicacion desta presente obra pretendo hazer á V. S. algun pequeño seruicio es en presentalle esta fiel relacion del modo del gouierno de paz y de guerra que los que repartido por partes han tenido lo que V. S. tiene aora junto, han guardado: para que ayudada su prudencia destos auisos pueda en muchos casos importantes tener el camino echo llano, por las esperiencias que por tan graues y ecelentes varones fueron prouadas y aprouadas; los quales pienso yo que si aora viessen cómo V. S. con tan nueua y singular autoridad goza el fruto de sus trabajos, estarian dello muy contentos: especialmente el muy illustre señor don Diego de Mendoça conde de Melito, padre de V. S., á quien tambien y tan deuidamente se paga con esto lo mucho que él en estas guerras con su esfuerzo y discrecion hizo, y los otros todos no quedarian muy atrás dél en este contentamiento, assi por la amistad que con él tuieron, y lo que entendia que á sus grandes méritos se denia, como por las muchas razones que hay para que todo el mundo alabe la eleccion que su Magestad para este cargo de V. S. ha hecho. Y assi creo que V. S. no dexará de admitir en cuenta de seruicio la gran aficion de seruir con que yo le consagro esta obra que le conuiene tanto. Pues los muy grandes señores suelen con la magnanimidad á que su grandeza los obliga, medir el valor de los seruicios pequeños que les hazen los que poco pueden con la voluntad que entienden que ha aquello los mueue. Y como yo estoy seguro de la mia, que es tal que en esta parte nadie me hará ventaja, no me ha embaçado la humildad de mi estado, para osar me presentar delante de V. S. con lo poco que podia ofrecelle: cuya Illustrissima persona nuestro Señor guarde con acrescentamiento de mayores estados. Besa las manos de vuestra illustrissima Señoria, Miguel Capila».

Las cuatro hojas siguientes contienen el *Prólogo*, que empieza así:

«*Coronica llamada las dos conquistas del Reyno de Nápoles*, donde se cuentan los hechos del esclarecido y valeroso príncipe Rey D. Alonso de Aragon, y de las heroicas virtudes que en paz y guerra hizo el gran Capitan Gonçalo Hernandez de Córdoba y Aguilar. Escripta a pedaços como acaescieron por Hernando Pérez del Pulgar señor del Salar.—Introduction y argumento de la obra.—Suelen los Historiadores, para dar mejor á intender los hechos que escriuen, particularmente la provincia y pueblos adonde los tales hechos acaecen de que escribir quieren: assi lo hizo Cesar en sus comentarios, y Sabelico, un bueno y general ystoriador, en sus eneadas, queriendo escriuir los hechos de Francia, comienço por la particular creacion de aquella region; eso mismo hizo queriendo contar los hechos que acaecieron en Ytalia, cuya orden por que mas conuenga al estilo desta ystoria seguiremos conforme á como ella descriue, porque como los hechos desta ystoria sean estrangeros en todos los que la leyeren, ternan noticia de los pueblos donde acaecieron, por lo que aqui diremos podrán mejor en su conoscimiento venir».

Sigue una larga descripción geográfica de Italia.

En la última página del *Prólogo* se reproduce el busto del Gran Capitán, como en el dorso de la portada, encerrado en una orla, que en su parte superior ostenta esta inscripción: «*Sit nomen Domini benedictus*», y en la inferior «Libro primero de las dos conquistas del Reyno de Nápoles». En la parte superior del anverso del folio primero hay un grabado que representa un guerrero á caballo con lanza en la mano derecha, acompañado de dos pajes descubiertos y armados.

Consta esta edición de ciento cincuenta y dos folios numerados, más los cinco sin foliar antes expresados; impresa en letra gótica, en folio, á dos columnas. Termina: «Fin de la Coronica del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Aguilar y de Córdoba».

Imprimióse también esta Crónica en Zaragoza, en 1559; en Sevilla, en 1580; en Alcalá de Henares, en 1584, que es la que, por parecernos algo más correcta que las otras, hemos seguido en este volumen. Posible es que haya todavía alguna otra edición de ella que no hayamos logrado ver. Acerca de su autor nada positivo, cierto y concreto hemos podido encontrar.

Es, en nuestra opinión, la Crónica más detallada, interesante y verídica la que denominamos *manuscrita*, por no conocerse tampoco á punto fijo su autor. Por algunos pasajes del texto se viene en conocimiento de que acompañó en Italia y en su última venida á España al Gran Gonzalo; refiérese con frecuencia á conversaciones tenidas con sus más distinguidos capitanes, y por ciertas indicaciones, ejemplos y textos latinos pudiera creerse que acaso fué escrita por uno de sus capellanes ó de sus más íntimos servidores que le siguieron hasta el retiro de Loja. Su estilo es incorrecto, á veces oscuro y difuso; muy frecuentes sus repeticiones. No pierde ocasión su autor, siguiendo á los historiadores clásicos, de poner á cada paso en boca de los personajes largos y eruditos discursos, impregnados de erudición griega y romana. Mas, á pesar de estos defectos, muy comunes en aquella época, refiere, por lo general, los sucesos que vió, ó de que oyó relaciones á los más renombrados capitanes, con tal acento de sinceridad, tal ingenua sencillez y curiosos detalles, que desde luego se echa de ver ser verdad lo que relata. Debíó escribirse esta Crónica en Sevilla, y su autor vivía aún en el año de 1552, pues en el mismo dice que se trasladó el cuerpo del Gran Capitán de la iglesia de San Francisco de Granada á la capilla fabricada al intento en San Jerónimo de la misma ciudad. Es indudable que al escribir su Crónica tuvo á la vista la anteriormente descrita é inserta, y la de Jovio, á las que hace á veces referencias más ó menos directas. El único ejemplar que de esta Crónica se conoce es un volumen en folio manuscrito, de letra de mediados del siglo XVI, encuadernado en pergamino. Tiene todas las apariencias de ser el original, por las muchas enmiendas, tachaduras y adiciones que en él se advierten. Su letra ofrece grandes dificultades paleográficas para la lectura, y acaso por este motivo no ha sido consultado y copiado este códice tanto como debió serlo. Consta de 296 hojas foliadas y está falto al principio y al fin de una ó dos. Se conserva en la actualidad en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, con la signatura R-6^a-6.

El Sr. Gallardo vió este códice en la Biblioteca agustiniana de Montilla, donde figuraba con la signatura Est. N-caj. 6; copió de él algunos pasajes, formando con los títulos de los capítulos un Índice para su uso particular. Asegura que el Gran Capitán

nació en 1.º de septiembre de 1453 en el castillo de Montilla, pasando luego á Córdoba á recibir su educación, siendo su ayo D. Antonio de Cárcamo, con quien tenía parentesco. La familia de Gonzalo tenía casa en aquella ciudad y por eso dijo alguna vez que «se hallaba hijo de aquella muy noble patria», pues que era la capital de la provincia y puede decirse que la residencia principal de sus progenitores.

La tercera Crónica que en este volumen publicamos está escrita antes que las dos precedentes, como puede deducirse de la portada de la primera (?) edición italiana:

Vita di Consalvo Fernando di Cordova, detto Il Gran Capitano, scritta per Mons. Paulo Giovio, Vescouo di Nocera et tradotta per M. Lodovico Domenichi.—In Fiorenza.—1550.—Un volumen en 8.º marquilla, 300 páginas, más de 14 de principios y una hoja suelta al fin con el nombre de la imprenta.

Tradújola al castellano y la publicó en Zaragoza en 1554 D. Pedro Blas Torrellas, cuya edición nos ha servido para la reimpresión. Más breve que las dos Crónicas anteriores, más deficiente que ellas y escrita con más pretensiones literarias, su lectura no satisface ni entusiasmo tanto como aquéllas; lo cual no quiere decir que no sea digna de la fama de su ilustre autor, por más que desde el Saco de Roma no fué gran amigo de los españoles. La causa fué haber éstos saqueado las arcas en que guardaba Jovio sus escrituras y libros de historias, depositados en la iglesia de la Minerva: «viniendo estas escrituras en manos de soldados, rompieron y hicieron pedazos algunas de ellas; de apaciguadas las cosas, con mandamientos del Papa, con ruegos y dineros del Jovio volvieron los libros en su poder, aunque en algunas partes faltos y rasgados. Continuando él su historia (¹), fué tanta la importunacion y ruegos de sus amigos, que la hubo de imprimir, y no queriendo dexar imperfectos del todo los años que faltaban, hizo una Suma ó recopilacion de cada libro, pensando, si la muerte no le atajaba, confiando en su memoria, volver de nuevo á poner cumplimiento en la obra; y quiso la suerte que faltasen aquellos libros donde los españoles más habían mostrado su esfuerzo y valentía...» Sin duda por esta causa trata siempre del Duque de Borbón con injusta indignación.

La misma traducción se publicó también en Amberes en 1555, en 8.º menor.

La última crónica que figura en este volumen con el nombre de *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán por Hernán Pérez del Pulgar*, es la primera que se publicó, en Sevilla por Jacobo Cromberger, alemán, en 1527. Es sumamente rara y la reimprimió el Sr. Martínez de la Rosa al fin de su estudio *Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas*, publicado en Madrid en 1834. «El nombre del escritor, dice aquel ilustre literato y político, aun prescindiendo de la fama del héroe que en aquel escrito se ensalza, bastaría para despertar vivísima curiosidad; pero concurren otras circunstancias particulares que acrecientan hasta lo sumo el interés en favor de tal obra. Escribióse, al parecer, por los años de 1526, probablemente á tiempo que el emperador Carlos V hizo su mansión en Granada, y de cierto por obedecer su

(¹) Refiérese al *Libro de las historias y cosas acontecidas en Alemania, España, Francia, Italia*, etcétera, desde el tiempo del papa León y venida de Carlos V en España hasta su muerte.

mandato y satisfacer su deseo. ¡Qué sería ver á un monarca tan poderoso, quizá el mismo día en que visitara el sepulcro del mayor capitán de su siglo, encomendando que escribiese su vida á otro guerrero ilustre, su amigo y compañero, que en un ejército de héroes mereció que le apellidasen *el de las hazañas!*» Figurémonos por un instante á Hernando del Pulgar, á la edad de setenta y cuatro años, recogiendo solícito en su memoria los recuerdos de sus verdes años, repasando en su mente los lugares en que había alcanzado tanta gloria, los claros hechos de Gonzalo de Córdoba, de que él mismo había sido testigo: «é yo de los que vi, me atrevo á escribir, aunque en mucha edad é poca habilidad, que causaron poner en borrones vida que tanto merecía ser de buena tinta escrita, en especial á Príncipe y señor que su grandeza en el mundo pone espanto, el qual nos quita la benevolencia con que á todos admite». Exento de presunción y vanagloria, nos descubre Pulgar su hidalga índole con sólo anunciar la manera con que se propone escribir su obra: «ó queriendo yo seguir ambos bandos, llano y claro diré lo que en fecho fué, contando las mismas cosas que todos vieron, apartando la jactancia de decir que fuí en ello, en especial las de la guerra de Granada, do poco della pasó en aquellos quasi diez años que duró, se me encubrió». Como cabalmente en aquella conquista dieron Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar tan señalada muestra de sus personas (habiendo hecho ambos las primeras armas en la guerra de Portugal), se nota en la relación de los hechos un sabor de verdad, un candor que embelesa por su sencillez misma: debiéndose á la propia causa que sepamos por esta obra varias proezas de Gonzalo de Córdoba y algunas circunstancias de su vida, que á no ser por Pulgar yacieran ignoradas. Los demás historiadores y cronistas se apegaron con mayor ahinco, cual era natural, á los hechos más notables por su grandeza, á las batallas y conquistas en que mandó como caudillo, arrojando de Italia los pendones de Francia, y disponiendo con su mano de reinos y coronas; sólo por acaso aludieron á los hechos de su mocedad, que no eran sino las primicias de su valor y singulares prendas; pero Hernando del Pulgar, que los había presenciado, los refiere con grata complacencia; pinta los obstáculos, los riesgos que los acompañaron; se encanta celebrando su buen éxito. No parece sino que se le ensancha el corazón al referir las proezas del insigne caudillo, y que á pesar de haberse impuesto á sí mismo callar sus propios hechos, dice en secreto á sus lectores: «este héroe era mi amigo; yo peleaba á su lado».

Una circunstancia notable, que resulta de la lectura de su obra, es que en más de una ocasión se asemejaron no poco uno y otro guerrero en los hechos con que se ilustraron, durante la guerra de Granada: no parece sino que á porfía corrían en busca de los mismos peligros. Abastece Pulgar á la ciudad de Alhama y la salva de su perdición; Gonzalo de Córdoba la salva á su vez, y Pulgar es quien nos lo refiere. Se muestra indecisa la fortuna, aunque por breve plazo, y el rey Fernando no puede acudir tan presto cual quisiera: Gonzalo de Córdoba se encierra en la Malaha, y su sola presencia la preserva; corre Pulgar á Salobreña, y con su arrojo la defiende. Codicioso de riesgos y aventuras, había llegado el Córdoba una noche hasta la misma puerta de Granada, prendiendo en ella fuego y causando en los moros gran turbación y escándalo; y lástima que se le malogró después por culpa ajena el haber entrado en la ciudad, para libertar á los cautivos, que hubiera sido *el más honrado hecho que en nuestros tiempos*

ha acaecido en España, según las palabras mismas de Pulgar; á este le cabe mejor suerte, y da gloriosa cima á la empresa de la mezquita. Entra Pulgar en Málaga, poniendo á gran riesgo su persona, para ofrecer tratos y conciertos de paz; Gonzalo de Córdoba se introduce de oculto hasta el palacio mismo de la Alhambra, y arranca al mudable Boabdil las condiciones del entrego.

Terminada la guerra de Granada, gustó en aquella ciudad brevísimo reposo el ilustre caudillo, y pasó luego á Italia: de cuyas empresas y conquistas, ó ya por más sabidas ó por no poder dar dellas tantas señas, sólo hizo Pulgar una leve mención, como por vía de recuerdo.

Cuando se espacia á placer, cual si en él propio reflejaran las alabanzas de su amigo, es cuando pinta su ademán, su rostro, sus hidalgas prendas, la serenidad en los peligros, la igualdad constante del ánimo en la buena y en la mala fortuna, la largueza que le granjeaba hechuras, su clemencia y generosidad que desarmaba á sus contrarios. No encuentra palabras Pulgar para encarecerle cual quisiera, y se le ve con secreta satisfacción deslizarse sin sentir al mismo propósito, repetir los elogios de mil maneras, buscar acá y allá en anales ó historias los héroes más famosos de la antigüedad, para colocarlos al lado de su héroe y que éste aparezca más grande...

Está esmaltada la obra con máximas morales, expresadas algunas de ellas con singular acierto, si bien más de una vez se resiente el escritor del gusto de aquel tiempo, mostrándose recargado de erudición prolija, que, lejos de hermosearle, le afea: como suele acontecer á joyeles antiguos, que el engaste pesado del oro ofusca el brillo de la pedrería... El estilo de la obra es en general sencillo, desaliñado á veces, como el de las antiguas Crónicas; pero á veces también descubre cierto entono y hasta visos de afectación. No presume de escritor el guerrero: lo repite al principio y al final de su obra; pero advertimos con cierta sonrisa maligna que no le pesa al buen Pulgar que le tengamos por entendido. Concluye poniendo su obra bajo el amparo del monarca; y desconfiado de su propio acierto, pero seguro de que de cualquier manera que se presentase á la vista la imagen de Gonzalo de Córdoba había de aparecer digno de su renombre, termina de propósito con la misma frase con que dió principio á su escrito: «Muy gran razón tuvo vuestra persona imperial de desear ver y conocer al nombrado Gran Capitán». Hasta aquí Martínez de la Rosa, cuya autoridad en esta como en otras materias es tan acatada y competente.

Queda sólo por advertir, respecto á esta Crónica, que, así como las tres anteriores tratan más especial y ampliamente de las guerras de Italia, la de Pérez del Pulgar se ocupa preferentemente de la primera parte de la vida de Gonzalo de Córdoba, ó sea de la guerra de Granada. De esta suerté se completan y relacionan unas con otras.

Muy lejos de nuestro propósito nos llevaría el dar aquí más ó menos completa una bibliografía de las obras referentes á la vida del Gran Capitán, pero sí citaremos algunas de las más notables:

«*Tratado de Re Militari*». Debajo de este título hay un escudo de armas, y sigue: «*Tratado de Caualleria hecho á manera de diálogo que passó entre los illustrissimos señores Don Gonçalo Fernandez de Cordoua, llamado Gran Capitan, Duque de Sessa, etc., y Don Pedro Manrique de Lara, duque de Najara; en el cual se contienen*

muchos exemplos de grandes príncipes y señores, y excellentes auisos y figuras de guerra muy prouechoso para caballeros, capitanes y soldados; nueuamente impresso con licencia y priuilegio Real por tiempo de diez años.—Está tassado á quatro reales».

Todo este título de la portada, tirada á dos tintas, está encajado dentro de una orla, en cuya parte superior se lee el siguiente epígrafe: «*Initium sapientie timor Domini*».

Vuelve á repetir en el dorso el título, añadiendo que va dirigido «al muy Magnífico Señor Diego de Vargas de Caruajal», de quien es el escudo de armas del anverso. No expresa el autor su nombre en la portada, pero sí en el folio X, al empezar el «Libro II del arte de la guerra sacado de muchas escripturas y usos antiguos y modernos por *el capitan Diego de Salazar*».

Es un vol. en fol., letra gót., con dos hojas preliminares y LXVI foliadas. Al fin: «Acabose la presente obra en casa de Miguel de Eguya, á XII dias del mes de Mayo. Año de MDXXXVI años». Está dividido en siete libros. He aquí el sentido elogio que hace del Gran Capitán al principio del libro primero:

«Porque creo que despues de la muerte cualquier hombre puede ser alabado sin cargo ni culpa de adulacion de quien lo alaba, no dudaré de alabar la buena memoria del Illustrissimo don Gonçalo Fernandez de Córdoua, Gran Capitan Despaña, Duque de Sesa y Terranoua, el nombre del qual no verná jamás á mi memoria, que con lágrimas no sea por mí recordado, auiendo conocido en él aquellas partes que en un espléndido Señor y buen amigo de sus parientes y amigos y seruidores se pueden conocer ó desear: porque yo no sé qué cosa pudiesse tener siendo suya, sin recusar aun la vida, que de buena voluntad por sus amigos no pusiesse; y no sé ninguna gran empresa que le ouiesse espantado de emprenderla, quando en ella ouiesse conosciado servicio de su Rey ó bien de su patria. Yo digo libremente no auer hallado, entre quantos hombres he conocido y conuersado, otro de más encendido ánimo á las cosas grandes y magnificas: por lo qual á sus amigos y seruidores no dolió cosa tanto en su muerte, como el ser nacido para morir; ni á él pesó tanto dello por ella misma como por haberse dispuesto el tiempo de tal condicion que no pudo ayudar á sus amigos conforme á la grandeza de su ánimo, para que generalmente todos se pudieran alabar de sus magnificencias. Verdad es que no le fue la fortuna tanto enemiga que no dexase muchas cosas dignas de memoria, assí en las larguezas de su magnífico coraçon como en los autos de su militar exercicio: en el qual junto con el gran esfuerço tuvo grandísimo ingenio y estudio. Y como á mí cupiesse parte y no pequeña del dolor de su muerte, como á uno de sus seruidores, assí por auer militado prósperamente debaxo de su vandera, como auer recebido parte de sus acostumbradas mercedes; y por esto auiendole sido y tenido obligacion de particular seruidor, y auiendome la fortuna con la muerte priuado del uso de tan amado señor, me parece no poder tomar mejor remedio que gozar con la memoria de las cosas que por él fueron prósperamente hechas y agudamente dichas y sabiamente disputadas. Y porque no hay cosa más fresca de las que dél me acuerdo que el razonamiento que poco tiempo a que pasó con el Illustrissimo don Pedro Manrique de Lara, Duque de Najara y Conde de Treuiño, donde largamente en las cosas de la guerra estuuo con él en disputa; y en todas las cosas aguda y prudentemente por él demandado, y sabiamente por el Gran Capitan respondido. Lo qual todo me a parecido reduzir á la memoria y escribirlo, porque leyendolo sus amigos y seruidores refresquen en sus ánimos la

memoria de su virtud; y los otros se duelan por no auer enteruenido en su tiempo para deprender muchas cosas útiles, no solamente al hábito militar más á la vida política, que entiendan las cosas de la guerra por dos tan sapientísimos hombres preguntadas y respondidas: porque si con el ver no las alcançaron, con el leer las deprendan. Quiero dezir que tornando el Gran Capitan de las partes de Italia, donde gran tiempo auia vitoriosamente militado, como lugartiniente general del catholico Rey Despaña, don Fernando de Aragon, y estando en Burgos, fue por el Illustrissimo sobredicho duque á su posada solemnemente conbidado, á donde muchos parientes y amigos del un señor y del otro conuinieron: en la qual casa el Gran Capitan por el Duque fue rogado que por tres ó quatro dias le pluguiesse reposar por tener ocasion de largamente informarse de algunas cosas que de tal hombre se podian deprender, pareciendole despende aquellos dias en razonar de aquella materia que más á sus belicosos ánimos satisfazia.

» Venido pues el Gran Capitan, y del Duque y de otros sus parientes y seruidores recebido, los quales todos amados del Duque y de su mismo estudio desseosos; la virtud de los quales por todos los dias se alaba, no curó de prolixamente explicar, sino que de todos fue amigable y solemnemente festejado; mas pasado el combite y leuantadas las mesas y cumplida toda la orden de festejarle, siendo el dia largo y el calor grande, pareció al Duque por huyr el mucho calor y compañía, reduzirse con el Gran Capitan y algunos pocos de sus parientes en una secreta y sombrosa parte de una huerta: adonde entrados y assentados, quien en sillas, quien en la yerua, como á cada uno le plugo, hablando de la gentileza de los árboles, y diciendo con quanto estudio los señores dellos los auian hecho plantar y curar, dixo el Gran Capitan: «Si no pensase offender á muchos, yo diria la nueva opinion de los que en esto se deleytan; mas hablando aqui entre nosotros diré, no por increpar á ellos, mas por disputar la cosa, quanto mejor aurian hecho estos si en el tiempo pasado uuiesen procurado de parecer á los antiguos en las cosas ásperas y fuertes y honestas, delicadas y floxas; y aquellas que los antiguos hazian con la antigüedad verdadera y perfecta, y no con los modos de la falsa y corrupta; porque despues que aquellos vicios y delicaduras siguieron los de Roma, luego fue destruida su libertad y república»...

«*La historia del señor Francisco Guichardin, caballero florentin.* En la cual de más de las cosas que en ella han subcedido desde el año de 1492 hasta nuestros tiempos, se tracta muy en particular de los hechos del *Gran Capitan* en el reino de Nápoles y de otras muchas cosas notables... Traduzida por Antonio Florez de Benavides... —Baeça.—1581.»

«El Gran Capitan» (Grabado en madera que representa á un guerrero á caballo galopando; al pie del grabado hay dos iniciales, A M, que acaso sean las del grabador).

«*Los grandes | hechos del Gran | Capitan Gonxalo Fernandez | en la Conquista de Napoles. Por el Rey | Don Fernando el Quinto. |* Compuesto por Francisco Alfonso de Miranda.»

Así dice en la portada. En la segunda hoja se lee:

«Comienza el *Tratado de las proexas que hizo Gonçalo Fernandez el Gran Capitan del Rey de España, en la conquista de Nápoles*».

A continuación: «Cómo partió del Puerto de Malaga, con toda su gente». Y empieza el texto: «A quatro de Julio, de mil y quinientos años, partió el Gran Capitan del Puerto de Málaga, por mandado de sus Altezas, y lleuó treientos hombres de armas»...

Al fin, de letra mayor que la del texto: «La ciudad de Macedonia dió el primer Magno, que fue Alexandro. La noble Roma dió al segundo Magno, que fue Pompeyo. La magnífica Francia dió al tercero Magno, que fue el Emperador Carlos, por sobrenombre el Magno. La sabia Cordoua, ciudad de España, dió al cuarto Magno, que fue el Gran Capitan Gonçalo Fernandez. Però si queremos cotejar las armas modernas con las antiguas y los enemigos del tiempo de agora con los del pasado, hallaremos que el cuarto Magno es el primero, y quedarán atrás Alexandro y Carlos y Pompeyo. | Deo gratias. | Fue impresso en Sevilla, por original impresso, por Bartolomé Gomez, á la esquina de la Carcel Real. Año de 1615».

Al dorso, grabado con las armas imperiales.

Es un resumen de la vida del Gran Capitán, en veinte hojas en 4.º, sin foliar.

Sobre los autores de la *Vida del Gran Capitán* hay un manuscrito en la Biblioteca Nacional, en el que se trata difusamente esta cuestión, sin llegar á un resultado fundamentado y concreto. En el mismo Centro se conserva un manuscrito, que se titula: «*Historia de las proexas de Gonxalo Fernandez de Córdoba*, por Francisco de Herrera, testigo de ellas»,—que contiene apuntes biográficos; y también una *Vida del Gran Capitan*, por D. Juan Alfonso de Guerra y Sandoval, brevísima suma de escaso interés.

«*Historia de Don Gonxalo Fernandez de Córdoba, renombrado el Gran Capitan*. Escrita en francés, por el R. P. Duponcet, de la Compañía de Iesus, y traducida en español por Don Joseph Fernandez de Cordova: quien la dedica al Rey nuestro Señor D. Felipe V, el Animoso.—Tomo I.—Impreso en laen por Thomas Copado. Año 1728.»

En 8.º, 26 págs. preliminares, 356 de texto y dos hojas más de *Tabla*.

A la *Dedicatoria al Rey* siguen el *Dictamen* de Fr. Andrés de Baena, la *Licencia*, la *Censura* de Fr. Alonso de San Juan, la *Suma del privilegio* y las *Erratas* de los dos tomos: fechadas éstas en 1729 y aquéllas en 1726-27, la *Tassa* y el *Prólogo*. En éste inserta el traductor la cédula del emperador Carlos V, concediendo á la viuda del Gran Capitán el consentimiento para sepultar los restos de este caudillo en el Real Monasterio de San Jerónimo, de la ciudad de Granada, y otras noticias curiosas, como la de haber otorgado el papa Clemente VII grandes indulgencias á los que en la citada capilla encomendasen á Dios el alma del Gran Capitán y sus difuntos. Sigue en general este autor al de la Crónica impresa en primer lugar en este volumen.

«*Le istorie di Monsignor Gio. Bta. Cantalicio, veseovo d'Artri: Delle guerre fatte in Italia da Consalvo Ferrando di Aylar di Cordoba, detto il Gran Capitano*; tradotte in lingua toscana del Sr. Sartorio Quattromani, Napoli, 1769.»

«*Vida de Gonxalo Fernandez de Aguilar y Córdoba, llamado el Gran Capitan*, por D. Ignacio Lopez de Ayala. Madrid, 1793. En la oficina de D. Gerónimo Ortega y herederos de Ibarra.»

Un vol. en 8.º menor, de VIII-150 págs.—Al final dice con harto fundamento: «Todo, como dexamos dicho, fué grande en este ilustre héroe; sólo ha faltado un escritor correspondiente que igualase, si esto puede ser, con su eloqüencia la majestad de la materia; porque Jovio, que escribió en tres libros la Vida de Gonzalo, no es exacto; omite muchas noticias verdaderas y mezcla algunas fabulosas. Duponcet yerra más que Paulo Jovio. La Crónica que corre en español es incompleta y huele en muchas partes á novela. Las historias generales dicen poco, y muchos poetas que exornaron la narracion con los primores y ficciones de su arte, quitaron la credulidad á los hechos verdaderos; y este compendio es muy pequeño, inferior al mérito de Gonzalo y tambien á mis deseos. He procurado, no obstante, seguir por único norte á la verdad, apartado del odio y de la pasion, que sin duda han cegado á Varillas, escritor de la Vida de Luis XII, y á Dessormeaux, que ha publicado en nuestros dias una Historia de España, ó mejor diré, una atrevida sátira contra muchos de nuestros Reyes. Ambos notan á Gonzalo como hombre pérfido y tan poco escrupuloso, dicen, en observar su palabra como el Rey Católico. ¿Y será necesario refutar dignamente sus calumnias? Si ellos mismos creyesen lo que escriben, tomaríamos el trabajo de desengañarlos. La voluntad mal dirigida, llena de encono y de venganza, los ha forzado, contra lo que les dictaba su propio entendimiento, á aglomerar calumnias y dicterios. Son, no obstante, dignos de disculpa, porque en realidad necesitaban mucha grandeza de ánimo para decir la verdad, hablando de un Capitán que en todas las ocasiones humilló gloriosamente la jactancia de su nacion, que rehusaba aun entrar en comparacion con la española».

El mejor resumen de la vida del Gran Capitán es sin duda el escrito por el eminente literato D. Manuel José Quintana, que forma parte de las *Vidas de los españoles célebres*. Aunque no conoció todas las Crónicas aquí insertas, utilizó muy ventajosamente cuantos materiales le fué posible, contribuyendo mucho su notable trabajo á difundir y vulgarizar los heroicos hechos de aquel inmortal caudillo.

En la *Revista Militar* publicó el reputado escritor D. Serafín Estébanez Calderón un estudio sobre la *Campaña del Gran Capitán sobre el río Liris y batalla de Garellano*, con un croquis para la inteligencia de estas operaciones militares.

«*Estudios históricos militares sobre las campañas del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba*, por Eugenio de la Iglesia, teniente de la Guardia civil. Madrid, 1871.»

Un vol. en 8.º, de 210 págs. más dos de índice, y un croquis para comprender la campaña del Garellano.

«En las campañas de Italia, escribe el autor, vemos perfeccionada la táctica suiza, reconocido generalmente el predominio de la infantería sobre la caballería, aumentada la importancia de las armas de fuego; el arte de las minas, elevado á una perfección hasta entonces desconocida, creada aquella terrible infantería española que con sus hazañas había de asombrar al mundo, y por último, operaciones tan bellísimas como las del Garellano, que aun hoy día pudieran servir de modelo á uno de nuestros modernos Generales...»

«*Frantz Eyquem; Etude sur Gonsalve de Cordoue, dit le Gran Capitaine*, suivi de documents et d'une lettre autographe inédite de ce Général espagnol. Portrait gravé à l'eau-forte por P. Teyssonnières. París, H. Champion, libraire éditeur, 15, quai Malaquais, 1880.»

Un vol. en 8.º de 176 págs.

El retrato del Gran Capitán está tomado de una medalla perteneciente á Mr. Heiss, y le representa en busto, mirando á la izquierda y con una leyenda latina alrededor. El facsímil reproduce las tres primeras líneas y las tres últimas de una carta ológrafa del Gran Capitán al Arzobispo de Sevilla; su fecha, 28 de mayo de 1505. Empieza: «Algunas letras e scripto á vra. señoría...»

El autor ha escrito su obra teniendo principalmente presentes las obras de Quintana, *Vidas de españoles célebres*, de Ferreras, Duponcet, Mariana, y algunas historias generales francesas.

Acerca de los libros poéticos escritos en honor de Gonzalo de Córdoba, ha dicho con gran fundamento y verdad un escritor que la fama de aquél está con más dignidad depositada en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía, que no responden de modo alguno á la alteza del personaje.

Impresa en Nápoles en 1506, publicó Cantalicio una obra poética escrita en latín, dedicada á las empresas del Gran Capitán, con el título *De bis recepta Parthenope*, que fué traducida en prosa italiana, bastante desgraciadamente, por Sertorio Quattromani. Esta obra está ya casi olvidada, mas no por ello pierde gran cosa el conocimiento de la historia de aquel período. Y porque de ella y de la de Hernández, que á continuación anotamos, ha publicado el distinguido escritor napolitano Benedetto Croce una detenida descripción y examen en su interesante folleto *Di un poema spagnuolo sinerono intorno alle imprese del Gran Capitano nel regno di Napoli* (Nápoli, 1894), no diremos aquí más sobre ellas.

«*Historia Parthenopea, dirigida al Illustrissimo y muy reverendissimo señor Don Bernaldino de Caravaial, Cardenal de Santa Cruz*, compuesta por el muy eloquente varon Alonso Hernandez, clérigo hispalensis, prothonotario de la Santa Sede apostólica, dedicada en loor del Illustrissimo señor don Gonzalo Hernandez de Cordova, duque de Terranova, Gran Capitan de los muy altos Reyes de España».

Fué impresa en Roma en 1516.

«*Neapolisea; poema heroyco y panegírico, al Gran Capitan Gonxalo Fernandez de Córdoba*, dirigido al Excelentísimo señor don Luys Fernández de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego, duque de Feria, etc. Por don Francisco de Trillo y Figueroa. —Con licencia.—En Granada, por Baltasar de Bolívar y Francisco Sanchez, año de 1651» (1).

Después de la *Aprobacion, Licencia y Dicatoria*, sigue la *Raxon desta obra, partes de que se compone, estilo, imitacion, intento y erudicion. Al que leyere, diser-*

(1) Un vol. en 4.º de 138 folios.

tación tan indigesta por lo erudito como extravagante por el estilo. El texto está dividido en ocho libros, escrito en octavas reales, y concluye con unas prolijas notas que en nada aclaran el texto y sólo sirven para demostrar la erudición latina del autor. Corre aquél parejas en lo enmarañado y extravagante con todo lo demás.

«*Corona poética*, que dedican á la memoria del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, la Diputación provincial y el Ayuntamiento de Granada, con motivo de la restitución á su sepulcro, en la iglesia de San Jerónimo, de los restos mortales del insigne caudillo».—Granada.—Imp. y lib. de F. Reyes y hermano.—1875. Folleto en 8.º de 59 páginas.

Un libro podría formarse con los elogios tributados al Gran Capitán por escritores españoles y extranjeros. Llámanle:

«Lucero de España que el Latio ha lumbrado»;

«Pater patriæ y de Italia salud»; «Gloria et honor del arte militar»; «Espejo de cortesía», etc., etc.

Don Modesto Lafuente, que estudió con singular predilección esta época, hace el siguiente acertado juicio del vencedor en Garellano:

«Gonzalo no era sólo el capitán enérgico, brioso y esforzado, el soldado de lanza y el guerrero de empuje; era también el General de cálculo, el caudillo estratégico, el jefe organizador. El Gran Capitán era al propio tiempo el negociador político. El intrépido batallador era también el astuto diplomático. El castigador severo de la indisciplina era el hombre afable y contemporizador que sabía atraerse el cariño del soldado. El caballero que se distinguía por el magnífico porte y el brillante arreo de su persona, el remunerador espléndido y generoso, era también el modelo de sobriedad y el tipo y ejemplo de la paciencia y del sufrimiento en las escaseces, en las privaciones, en los trabajos y en las penalidades. Así no sabemos en qué situación admirar más á Gonzalo, si venciendo en Atella y en Ceriñola, si combatiendo á Tarento y á Ruvo, si rescatando á Ostia y á Cefalonia, si batallando y triunfando en el Garillano, si sufriendo con inagotable y calculada paciencia en la plaza de Barleta y en los pantanos de Pontecorbo. No había genio que pudiera medirse con el de un General que ganó todas las batallas que dió en su vida, y que en su larga carrera militar sólo perdió una, la única que se dió contra su voluntad y contra su dictamen, anunciando anticipadamente el resultado que no podría menos de tener».

Respecto del título militar de Gran Capitán con que ya en su primera estancia en Italia se le calificó, dice el historiador alemán J. Bernays, en su obra titulada *Der Beiname Gran Capitan*, que á Gonzalo Fernández le denominaban así, porque los franceses, contra quienes hizo principalmente la guerra, no tenían en su lenguaje vocablo correspondiente á «Mayor» ó «General» que acá tenemos, y en lugar de él dicen «Gran Maestre» al Mayordomo mayor, y de aquí el apellidar á Gonzalo «Gran Capitán». No tenemos esta explicación por verdadera. El título extraordinario y único de Gran Capitán le fué aplicado por sus soldados en Italia, en las primeras campañas, por aclama-

ción, designándolo así, á modo de «el Capitán por excelencia», por sus eminentes dotes militares. Con este sublime título fué nombrado en su tiempo tanto por sus soldados, como en toda Italia, por amigos y enemigos, y en España le nombraban así desde los Reyes Católicos hasta la gente del pueblo.

El Sr. Cánovas del Castillo, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, hablando de Gonzalo Hernández, dice que fué el primero de los generales que elevó la guerra á ciencia y arte en la edad moderna, y que en punto á talento estratégico se adelantó notablemente á su época.

Hay algunos puntos en la vida del Gran Capitán que no esclarecen las Crónicas con la suficiente claridad y extensión, ya por ser de suyo escabrosos y delicados y no atreverse por tanto á referirlos en tiempos en que la libertad de escribir era muy limitada y sujeta á muchas censuras, como también por tratarse de asuntos reservados, de muy pocos conocidos. En este concepto la Crónica manuscrita es la más explícita, pero no tanto como fuera de desear. He aquí el motivo por qué acompañamos esta Introducción de algunos documentos que ilustran y completan las Crónicas que aquí publicamos. Todos son del mayor interés histórico.

Las relaciones entre el Gran Capitán y D. Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos en Roma; los recelos y suspicacia del Rey D. Fernando respecto de su Virrey en Nápoles; los agravios que después le hizo á su regreso final á España; su manera de pensar y escribir, reflejada en las cartas que de él publicamos, y sobre todo el juicio que acerca del heroico caudillo escribió el famoso Gonzalo Fernández de Oviedo, que tan íntimamente le conocía y trataba, siendo su compañero de armas y su secretario en Italia, asuntos tratados en los adjuntos documentos, son otros tantos focos luminosos que si no totalmente, al menos en gran parte contribuyen á aclarar la parte más velada y desconocida de la vida de nuestro personaje.

En nuestro libro *Don Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos* (Madrid, 1896) dimos á conocer algunos de estos documentos reservados. El Embajador, adicto por todo extremo al Rey Católico, aunque mantenía aparente amistad con Gonzalo, expiaba sigilosamente todos sus actos para dar de ellos cuenta al Rey, insaciable en conocer los menores detalles de su vida. Y no penetrándose bien Rojas de los elevados móviles que inspiraban los actos del egregio caudillo, le acusaba de inmiscuirse en asuntos que no le correspondían, de gastar inmoderadamente en premiar servicios de espías y de hechos militares, y de no ajustarse estrictamente á las órdenes ó instrucciones del monarca aragonés.

Esto no obstante, continuamente consultaba Gonzalo con el embajador Rojas los más de los asuntos y recibía de él oportunos avisos y poderosos auxilios de gente y dinero. «Ayudó mucho, dice Zurita, al Gran Capitán para la conquista del reino de Nápoles con muchos socorros que le hizo de gente y dineros; y se ve por muchas cartas del Gran Capitán y del Rey Católico, en que le pide socorro y le da las gracias por ello». «Hubo temporada, escribe D. Pedro de Rojas, conde de Mora (1), de tener más

(1) *Discursos ilustres, históricos y genealógicos*, por D. Pedro de Rojas. Toledo, 1636.

de mil soldados pagados á su costa en el reino de Nápoles, y el Gran Capitán no resolvía cosa de importancia sin consultarla con el Embajador, cuyos pareceres ejecutaba como ley inviolable, así porque sabía era orden de su Rey como por lo que estimaba su persona y respeto que le tenía». Y aunque en esta alabanza de su deudo se extremó y pasó de lo justo el buen Conde, no cabe dudar que el Gran Capitán y Rojas se condujeron siempre en sus relaciones muy amistosa y cortésmente; por más que, como adelante veremos, Rojas vigilaba y observaba atentamente todas las acciones del invicto caudillo, dando de ellas cuenta minuciosa al Rey, á veces con excesivo rigor y celosa intención, como quien sabía que así daba gusto á su señor, y porque le dolía á veces que el Gran Capitán invadiese sus atribuciones y prerrogativas como embajador.

La gran protectora y constante admiradora de Gonzalo Hernández era la reina Católica doña Isabel. Nacido aquél en 1.º de Septiembre de 1453 en el castillo de Montilla, y habiendo muerto su padre D. Pedro Fernández de Aguilar, rico hombre de Castilla, muy joven, lo envió su madre, doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enríquez, á criar á Córdoba bajo la dirección de un caballero, pariente algo lejano, llamado Cárcamo. Como su hermano mayor D. Alonso de Aguilar heredó, según costumbre, los más de los bienes de su padre, no podía Gonzalo aspirar á riquezas y honores sino utilizando su claro talento y preeminentes dotes en señalados servicios á los reyes.

Dividida por entonces Castilla en dos partidos, uno que seguía al legítimo rey, Enrique IV, y otro al infante D. Alonso, la ciudad de Córdoba se inclinó á favor de éste. «Entonces fué, dice Quintana, cuando Gonzalo, muy joven todavía, se presentó enviado por su hermano en la Corte de Avila á seguir la fortuna del nuevo rey, á quien sirvió de paje y ayudó en la guerra».

La prematura muerte de D. Alonso cambió el rumbo de las acciones de Gonzalo, volviéndose á Córdoba. Llamado desde Segovia por la princesa doña Isabel, que acababa de casarse con D. Fernando de Aragón y se disponía á defender sus derechos contra los partidarios de la Beltraneja, de tal suerte cautivó el ánimo de aquélla y de los más de los cortesanos por la gallardía de su persona, la elegancia de sus modales y la viveza y profundidad de su ingenio, que todos á una le aclamaban Príncipe de la juventud. Su ostentación, magnificencia y generosidad llamaban poderosamente la atención general; pero careciendo de medios para sostener aquel boato, sus deudos más próximos le censuraban aquel proceder, que auguraba desastroso fin. Mas él, como si presintiese la gloria, alto estado y trofeos que le esperaban, siguió adelante en su manera de ser.

La parte principalísima y fecunda en laureles que tomó en la guerra de Granada; sus gloriosas campañas en Italia, asombro de todo el mundo; su salida de aquella península, obtenida de una manera solapada é insidiosa por el rey D. Fernando; la conducta de todo punto injusta, inmerecida y enconada que siguió con aquel magnánimo y fidelísimo vasallo, que tantos y tan señalados servicios le prestó y tan alto puso el nombre y la bandera de España; su increíble destierro y su cristiana muerte, acelerada por agravios y desvíos sin cuento, ocurrida el día 2 de diciembre de 1515, escritos están amplia y detalladamente en las Crónicas ahora dadas á luz.

La Reina Católica, dotada de magnánimo corazón y de grandeza de ánimo, era toda dulzura y bondad, sin dejar por eso de ostentar, cuando la necesidad lo requeria, inalterable firmeza y energía de carácter. Asociaba con nobleza su alma á los elevados pensamientos y portentosas acciones de los grandes hombres de su reino: ella alentó, ayudó y sublimó á Gonzalo Hernández, á Colón, á Cisneros y á muchos otros varones esclarecidos, que tantos bienes de todo género reportaron á la patria.

El rey D. Fernando, dotado de las más eminentes y preciadas dotes de hombre de Estado y de esforzado y hábil guerrero, era codicioso, tacaño, y sobre todo tan excesivamente celoso de su autoridad, que miraba siempre con suspicacia y desconfianza á los que sobresalían por sus grandes hechos y heroicas empresas.

Mientras vivió la excelsa Isabel, estas cualidades, que tanto le perjudicaban en la opinión general, se mantuvieron, por decirlo así, refrenadas y latentes por las opuestas de la Reina, á quien en grado sumo veneraba por sus altas virtudes. Pero cuando ella faltó; cuando la reemplazó con D.^a Germana, de triste memoria, y cuando se dejó dominar por los cortesanos maldicientes y envidiosos de los prestigios y trofeos de los Córdoba, de los Colón y de los Cisneros, dando oído á sus intrigas y rivalidades, todas las grandes hechuras de la magnánima Reina ó se derrumbaron totalmente ó quedaron oscurecidas y olvidadas. A dos hombres solamente temió el Rey Católico por su prestigio y por su carácter: al Gran Capitán y á Cisneros; al uno lo derrocó de su grandeza por arteros medios y al otro no pudo echarlo de su elevado cargo eclesiástico, pero casi le anonadó hasta que imperiosa necesidad le obligó á nombrarle Regente del reino después de sus días.

Aquel nunca bien ponderado Gonzalo Hernández, en todo el mundo conocido por sus excelentes dotes militares con el justo título de Gran Capitán; que una y otra vez ganó para el monarca aragonés el reino de Nápoles contra todo el poder de Francia y de Italia; que había avasallado y reducido á los moros de Granada, obtenido de los turcos los más brillantes triunfos y elevado el nombre de España y su prepotencia militar al más alto grado de reputación y de gloria, fué traído contra su voluntad de Nápoles á España por el mismo D. Fernando, usando para ello de mil engañosos pretextos, ofreciéndole dádivas y promesas que nunca cumplió, aun estando convenidas y firmadas, olvidando sus méritos y causándole toda clase de vejaciones y desprecios, con refinadas y falaces apariencias de estimar en mucho su persona, hasta que, herido en lo más vivo de su alma, arrinconado y olvidado de aquel á quien tantos y tan grandes servicios había prestado, la entregó á Dios, traspasado de la más negra y abominable de las penas, la ingratitud. Y todo ello ¿por qué? Porque había llegado á figurarse, sin tener para ello el menor motivo, que el Gran Capitán, querido de sus soldados, venerado de sus capitanes, aclamado por el pueblo, ensalzado por los Papas y por los Príncipes y señores de Italia, admirado hasta de sus mismos enemigos franceses y turcos, aspiraba á hacerse proclamar rey de Nápoles; y cuando esto no, porque administraba las rentas de aquel Estado con despilfarro, no dando cuenta de ellas ni haciendo entrar en las arcas reales las sumas que anteriormente ingresaban. Como si un Estado que hubo que conquistar palmo á palmo y en el que combatían con encarnizamiento poderosos ejércitos, pudiese producir en la guerra y poco después de ella pingües y abundantes frutos. Y en fin, porque se imaginó también el soberano arago-

nes que en su contienda con el rey D. Felipe el Hermoso trataba de pasarse, como los más de los Grandes de Castilla hicieron, al bando de su yerno. La tenaz y continua desconfianza del Rey Católico hacia la nobilísima y leal persona de Gonzalo Hernández, causa fué de la sangrienta y vergonzosa derrota de Ravena, donde más que nunca se echó de menos la presencia y dirección del vencedor de Cerinola y de Garellano.

«Cuando se trató (dice Cánovas) de volver á enviar al Gran Capitán á Italia después de la batalla de Ravena, exigió Fernando el Católico que se le pagase entre todos los aliados el sueldo que había de ganar; lo cual indica, ó que el Gran Capitán trabajaba muy caro para la época ó que sobre todo cuanto se piensa era el Rey económico. A este propósito escribía el Rey Católico á su embajador en Roma, desde Burgos, á 7 de mayo de 1512: «Y porque es razón que los de la Liga demos al Gran Capitán salario para su persona y plato por el dicho cargo de Capitán General de la Liga, direis al Papa que me parece que le debemos dar su Santidad y yo y veneciános treinta mil ducados cada año para su plato, como he dicho; que los diez mil pague el Papa, y los diez mil yo, y los diez mil venecianos, y trabajad que así se asiente por escritura entre las partes, porque el dicho salario sea cierto durante el dicho cargo».

¿Y qué decir de la conducta que con Cristóbal Colón usó el rey Fernando, muerta su esposa? ¡Qué desvío, qué desprecio, qué regatearle las concesiones estipuladas al hombre que había descubierto para la corona de Castilla el más portentoso y vasto territorio hasta entonces conocido! ¡Cómo consintió que gloria tan legítima muriera pobre, desprestigiado y lleno de amarguras, que le acortaron la vida! Seguramente no hubiera sido este su fin á haber vivido la reina D.^a Isabel.

Víctima fué también de su suspicacia y avaricia el insigne Cardenal fray Francisco de Cisneros, á quien, muerta la reina Isabel, quiso desposeer ignominiosamente del Arzobispado de Toledo para otorgárselo á su hijo natural, el Arzobispo de Zaragoza, so pretexto de que aquella era dignidad más pingüe y productiva que ésta. Y hubiéralo conseguido á no tropezar con un carácter tan enérgico y firme como el del fundador de la Universidad Complutense. El cual á sus reiteradas instancias replicó con altiva entereza: que primero que consentir en deshacer lo que la Reina Católica había hecho, se retiraría á su celda y renunciaría á todo. Más tarde quiso también arrebatarse la gloria de la empresa de Orán, atribuyéndose pomposamente su iniciativa y punto menos que su ejecución. Y en fin, cuando en los postreros días de su vida dictaba su último testamento, no sabiendo á quién encargar la regencia de Castilla, uno de sus consejeros le propuso al Cardenal Cisneros: «Luego pareció, escribe Galíndez de Carvajal, que no había estado bien el Rey en su nombramiento, y dijo de presto: «Ya vosotros conocéis su condición»; y estuvo un poco sin que ninguno le replicase»; y aunque luego recordó que era buen hombre, de buenos descos y sin parientes, y si al fin lo nombró, porque no recordó otro que reuniera sus condiciones, fué siempre con cierta repugnancia y apremiado por la necesidad.

Borrones son todos estos que afean la grandiosa figura del Rey Católico, á quien de todas veras deseáramos ver limpio de toda mancha, por el importantísimo y transcendental papel que en la historia de España tiene.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

